



EPISTEMOLOGIA Y DOMINACION, UN PADECIMIENTO LATINOAMERICANO

Alfredo Mason

Alfredo Mason. Carrera de Ciencias Políticas. Universidad Católica de La Plata Subsede San Martín (P.B.A)

RESUMEN

Desde antiguo se sostiene que el lenguaje es una eficiente herramienta para legitimar. La palabra le permite al hombre articular un discurso mediante el cual se relaciona con otros hombres y otorga sentido a la realidad que lo circunda.

En la historia reciente de América Latina encontramos un padecimiento que se expresa mediante un proceso de dominación producto de la imposición de categorías a través de las cuales pensar y concebir nuestra realidad, a partir de lo cual, se forman intelectuales en una situación de desarraigo cultural e incomprensión de su prójimo más cercano, de su propio pueblo.

palabras clave: Paradigma. Categorías. Dominación. Democracia. Pensamiento único.

SUMMARY

From old it is maintained that the language is an efficient tool to legitimize. The word allows the man to articulate a speech by means of which it is related to other men and it grants sense to the reality that surrounds it.

In the recent history of Latin America we found a suffering which it express by means of a domination process product of the imposition of categories through which to think and to conceive our reality, from which, intellectuals in a situation of cultural uprooting and lack of understanding of their fellow form closest, of its own town.

keywords: Paradigm. Categories. Domination. Democracy. One thought.



Desde antiguo se sostiene que el lenguaje es una eficiente herramienta legitimadora; si nos remontamos al pensamiento mítico encontramos que quien pone el nombre tiene un poder por sobre lo nombrado.¹

El lenguaje es un instrumento para el hombre, pero posee una particularidad única, porque al mismo tiempo que responde a la definición de útil, él mismo define el hecho de ser humano. O sea, forma parte de la definición de hombre y no puede ser reemplazado por un equivalente (un lenguaje de señas, un repertorio de sonidos inarticulados o una secuencia de imágenes) sin que se pierda la cualidad misma de lo que somos. Aristóteles sostendrá que *la naturaleza no hace nada en vano. Únicamente el hombre, entre los animales, posee la palabra (...)* La palabra pone de manifiesto lo útil y lo dañino, de manera que también lo justo y lo injusto. Esto, en efecto, es lo propio del hombre con respecto a los demás animales: *el tener (él) únicamente la percepción de lo bueno y de lo malo, lo justo y lo injusto.*²

La palabra le permite al hombre articular un discurso por el cual se relaciona con otros hombres y otorga sentido a la realidad que lo circunda, y así construye un espacio al cual llamamos «político». Pero claro está, no se trata de cualquier discurso, sino aquel cuya consecuencia final es la acción, por eso nunca es neutral, ni entre los hombres ni frente a la realidad. Quienes estudian la política no ignoran la existencia de las relaciones de poder, pero se suele concebir las categorías en que esas relaciones se expresan en forma abstracta, y a ello denominan «objetividad», siendo una sutil forma de establecer una relación de poder y dominio.

En relación con ello, y en la historia reciente de América Latina, encontramos un padecimiento³ que se expresa por medio de dos aspectos dependiente el uno del otro.

Por un lado, la aceptación por parte de los intelectuales, en especial los que se dedican a las ciencias políticas de la fórmula «one word», cuya consecuencia inmediata es la aceptación de un pensamiento «políticamente correcto». Ello no significa que serían capaces de expresar públicamente su apoyo por la invasión a Irak o las políticas racistas (perdón, de

¹ Génesis 2.19-20.

² ARISTÓTELES, *Política*, 1253 a 5-18.

³ En nuestra lengua castellana, con dicho término se hace referencia a la experiencia de soportar, tolerar o sufrir.



inmigración) europeas. Se trata de que el proceso de dominación que los copta se constituye a partir de la imposición de categorías a través de las cuales pensar y concebir la realidad. Frente a nuestra afirmación de que existe una «imposición», alguien podría decir: “a mí, nadie me dice como tengo que pensar”, y tiene razón, pero si no se utilizan ciertas categorías o se sostienen determinadas visiones de los fenómenos políticos, sociales o culturales, no se alcanza el reconocimiento social, académico o de las editoriales. Se produce un disciplinamiento de la «idea» por medio de los aparatos ideológicos que nos hablara Louis Althusser, y que también están privatizados.⁴

Por otro lado, y como consecuencia de lo anterior, los intelectuales formados en lo «políticamente correcto»⁵ tienden a pensar desde una situación de desarraigo cultural e incompreensión política de su pueblo. Y si aparece quien sostiene que *toda decisión exige una fuente, y ésta está en la cotidianidad, de ahí arranca nuestra autenticidad cultural*⁶, se lo caracterizará con desdén mediante el neologismo «setentoso».

Estos intelectuales «correctos» constituyen su status sobre una ficción en que las pautas vigentes son las de una racionalidad abstracta de seres descarnados cuya máxima creación es la utopía. Nuestra intención es avanzar en la comprensión del fenómeno desde lo que consideramos una matriz del pensamiento encarnada en nuestra cultura latinoamericana, pero queremos dejar claro que no estamos diciendo cosas nuevas, sólo recordando lo que fue dicho y hoy está oculto, pues de eso se trata la memoria.

Esta estructura de pensar y dominar, empobrece la visión de la realidad propia no sólo en los libros sino también en esa cotidianidad de la que habláramos. Así como una vez los habitantes al sur del río Bravo nos quedamos sin América y pasamos a ser simplemente «hispanos», del mismo modo arbitrario se habla del norte como si fuera «arriba» y del sur

⁴ Lo que queremos decir lo podemos mostrar con el siguiente ejemplo: al hablar de la acción de gobierno que se desarrolla a partir de 1946, se puede sostener que buscó ordenar la política y la economía desde la justicia social, o que buscó la redistribución de la renta, facilitada por la abundante reserva de divisas generada durante la guerra y por la apropiación estatal a través de los impuestos, la política de cambios y la nacionalización del comercio exterior de una parte del excedente producido por las exportaciones agrícolas. La diferencia entre una y otra es que, la primera busca acentuar que los resultados fueron producto de una decisión política y de una construcción de poder, mientras que la segunda hace aparecer los resultados como producto de una fórmula técnica.

⁵ En nuestro país, esa formación sistemática se inicia a partir de la década del '80 del siglo XX, acompañando el avance del neoliberalismo.

⁶ R. KUSCH, *Obras Completas*, Rosario, Fundación Ross, 2000, T. III, p.220.



como si fuera «abajo».⁷ También aparecen en la vida cotidiana como en las ciencias políticas y en los medios de comunicación, formas de nombrar aspectos de la realidad en inglés, no por carecer nuestra lengua de términos para ello –cosa que lo justificaría– sino por cierta «tilinguería» que confunde prestigio social o académico con la banalidad; por dar simplemente dos ejemplos, encontramos que se envían *e-mail* o se pregunta por las *news*; mientras que en otro ámbito se hablará de *accountability societal* y se leen *papers*.

En un memorable trabajo de Arturo Jauretche, que titulara *Manual de Zonceras Argentinas*, este autor en su estilo campero y provocador se pregunta si los argentinos somos zonzos⁸, porque repetimos como axiomas proposiciones que no son tales y hablamos con categorías que no expresan la realidad que se supone queremos nombrar. De lo que se trata es de comprender la necesidad de estudiar la vinculación que mantiene la política con el lenguaje, lo cual permite develar el meta-mensaje ideológico de la «lectura» de la realidad que ese lenguaje que cuestionamos implica.

La lógica, como disciplina filosófica, clasifica un tipo de razonamiento falaz como «sofisma», indicando con ello que posee una apariencia verdadera pero es falso; Jeremías Bentham⁹ estudió la aplicación de estos sofismas a la política y sostiene que éstos se componen por la introducción en el razonamiento de una premisa extraña a la cuestión y ese es el elemento falso. Pero la zoncera va un paso más allá, porque se centra en la conclusión, que toma como sentencia sin revisar el razonamiento y la repite hasta el cansancio para que

⁷ Ello se completa con la imagen que dan nuestros planisferios escolares, donde Europa occidental aparece como más grande que Argentina, cosa que físicamente es falso pues, las superficies sumadas de Alemania, Austria, Bélgica, Dinamarca, España, Finlandia, Francia, Grecia, Holanda, Italia, Irlanda, Islandia, Luxemburgo y Suiza poseen 12.000 km² menos que nuestro país.

⁸ En primer lugar se pregunta por el significado de «zonzo» y descubre que fue una palabra de uso coloquial en España en el siglo XVII y que un siglo después cae en desuso allí, pero se mantiene en América. Su significado está cerca del «tonto», emparentado con «soso», «desabrido» y quizás también con «idiota», que nombra a aquel que en lugar de buscar la verdad en lo común con los otros lo hace cerrándose sobre sí. Hablar de «zonceras», parecería impropio en el ámbito académico, pero Jauretche refiere con ellas a principios introducidos en nuestra formación intelectual que aceptamos sin un sentido crítico y que están directamente vinculados con lo que llama la «colonización pedagógica». Ésta se expresa con mayor claridad en la dicotomía argentino-extranjero, donde el primero resume el cúmulo de males y vicios –sintetizados en la frase de resignación: y bueno... *esto es Argentina*– y en el segundo caso –asimilando la extranjería con lo estadounidense o europeo– muestra el brillo de la perfección. *Esto es fruto de una educación en cuya base está la auto denigración como zoncera sistematizada*, cuya expresión más acabada es el reproche ante nuestros propios infortunios: *que querés con este país*. Nótese que ni siquiera nos apropiamos de él, es «este país», en donde parecemos estar de paso en nuestra vuelta a «utopía», a esa construcción de la racionalidad moderna, alejada de afectos y sentidos que tan bien expresa Jorge Luis Borges en *Fundación mítica de Buenos Aires*. C.f.: A. MASON, “Memoria e Identidad Cultural”, en *Rabdomantes*, Universidad del Salvador, Buenos Aires, 2005, 4.

⁹ J. BENTHAM, *Tratado de los sofismas políticos*, Buenos Aires, Leviatán, 1986.



surja como «opinión pública». Al aparecer ello mediante los medios de comunicación (diarios, televisión, radio, libros, internet) impone su omnipresencia casi brutalmente, y a partir de ello se elimina el diálogo político develador de la verdad.

Nos equivocáramos si pensáramos conspirativamente, en un grupo de personas determinado que busca cierto dominio personal o en la demonización de las tecnologías de la comunicación. De lo que estamos hablando es de un paradigma, o sea, de una serie de pautas que crean la condición necesaria para conocer y comprender la realidad o, para ser más preciso, articulaciones de hechos significativos y teorías aceptadas. Este o cualquier otro paradigma no se enseña como si fuera una disciplina, sino que es la condición que hace posible el conocimiento adquiriendo la fisonomía de un sistema articulado, configurando aquello que llamamos «políticamente correcto».

Cuando ese sistema no se construye desde una severa reflexión sobre lo propio, cuando el paradigma no reconoce una situacionalidad esconde, detrás de un pensamiento abstracto, una voluntad dominadora que ignora o niega al «otro». No se trata de partir de un «pensamiento cortito» frente al «todo abarcante» del pensamiento global, sino que reconoce, como lo hacía Aristóteles, que el género no es infinito, por lo tanto es necesario escrutar los límites de la realidad capaz de ser significada y conocida. Tampoco se trata de reducir las categorías a explicaciones históricas, experiencia de pensadores que pertenecen a pueblos para los cuales la historia jamás fue un terror continuo. Por el contrario, se trata de que hemos sido objeto de la fatalidad de la historia, como lo fueron aquellos que formaron parte de los grandes imperios coloniales o que en la actualidad, sufren la agresión militar o la extorsión financiera y sus consecuencias políticas y sociales.¹⁰

El reconocimiento de una situación singular está ligado a la aceptación de la alteridad, pues sin «otro» no hay situacionalidad sino unicidad, «one word». Tal como afirma T. Todorov, para dar cuenta de las diferencias existentes en la realidad, hay que distinguir por lo menos tres ejes, en los que se puede situar esta problemática. Primero hay un juicio de valor (plano axiológico): el «otro» es bueno o malo; en segundo lugar, está la acción de acercamiento o de alejamiento en relación con el otro (plano relacional): adopto los valores

¹⁰ C.f.: M. ELIADE, *El mito del eterno retorno*, Buenos Aires, Emecé, 1989, p. 140.



del «otro» o me identifico con él¹¹; en tercer lugar, conozco o ignoro la identidad del «otro» (plano epistémico).¹² A través de estos distintos planos aparece el despliegue de una voluntad de poder.¹³

En nuestro caso específico, cuando decimos que hay una voluntad de poder, nos referimos a que esa ignorancia de la singularidad¹⁴ aparece omnipresente en el sistema educativo, asentado en todos los aparatos a través de los cuales se ejerce un papel «formativo» de hábitos de pensamiento y consumo, por medio de lo cual se produce la reproducción social (medios de comunicación, sistema formal de educación, discurso político, etc.). Este sistema al que, siguiendo a Arturo Jauretche llamamos «sistemas de zonceras» es una desviación mental introducida por la desconexión con la realidad.¹⁵

Para Jauretche, la «zoncera» madre es aquella frase de Domingo F. Sarmiento, *civilización o barbarie*, a la cual la considera como una «zoncera» intrínseca, porque no nace del falseamiento de los hechos históricos ni ha sido creada como un medio; es totalmente conceptual, una abstracción anti-histórica, curiosamente creada por gente que se creía historicista.¹⁶ La profundidad de esta zoncera está dada por su carácter conceptual, pues esta autonomía respecto de la realidad le confiere su carácter paradigmático en tanto modelo o patrón aceptado.

Ello no significa que estos términos opuestos carezcan de referente empírico, se puede observar que *plantear el dilema de los opuestos civilización y barbarie e identificar a Europa con la primera y a América con la segunda, lleva implícita y necesariamente a la negación de América para afirmar Europa, pues uno y otro son términos opuestos: cuanto más Europa*

¹¹ Entre la sumisión *del* otro y la sumisión *al* otro hay una tercera posibilidad: la neutralidad o indiferencia.

¹² Existen afinidades y relaciones entre estos tres planos, pero no hay ninguna implicación rigurosa; por lo tanto no se puede reducir uno al otro, ni se puede prever uno a partir del otro.

¹³ T. TODOROV, *La conquista de América: el problema del otro*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1997, p. 195.

¹⁴ No se trata del reconocimiento de una «idea» sino de un «tópos», una morada, un lugar común donde la vida es posible. La tópica, el conocimiento axiomático, y la dialéctica, el arte de disputar, eran para Aristóteles las que determinaban el ámbito de la conducta humana y por lo tanto, el origen de la política. C.f.: M. G. CASAS, *Introducción al pensamiento real*, Buenos Aires, Hypatia, 1979; A. MARTINEZ, “Tópica, Dialéctica y Política”, en *Revista de Filosofía latinoamericana* 4, 1978, 7/8; J. C. SACCOMANNO, “Una morada en la tierra” en *El Modelo Argentino para el Proyecto Nacional*, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación, 2005.

¹⁵ A. JAURETCHE, *Los profetas del odio y la yapa*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1967, p.178.

¹⁶ A. JAURETCHE, *Manual de Zonceras Argentinas*, Buenos Aires, Corregidor, 1995. Véase G. CANGIANO, “El pensamiento vivo de Arturo Jauretche” en *Nuevos aportes sobre Arturo Jauretche*, Buenos Aires, Archivo y Museo del Banco de la Provincia de Buenos Aires, 2001.



*más civilización, cuanto más América más barbarie.*¹⁷ Queda claro que la discusión no es con Europa o sus intelectuales, sino con aquellos «nativos» que ejercen este pensamiento dicotómico, aquellos que portan el «síndrome de m'hijo el doctor», el complejo de «Malinche», el drama del «cholo». En el caso argentino, se trata de un fenómeno cultural centrado en sectores de la clase media con una falsa conciencia, producto de una disociación entre la cultura de pertenencia y la de referencia que los lleva a construir un status – históricamente anómalo–, caracterizado por la adopción de pautas de imitación que llevan a sus componentes a situaciones de aislamiento respecto del resto de la comunidad argentina. No se trata de un camino de «fuga» hacia arriba, sino hacia fuera del país real, hacia la utopía, y en ello estriba la esencia de esa falsa conciencia.

Una vez internalizada la «zoncera»¹⁸ queda convertida en un «medio» por excelencia para abordar los fenómenos históricos, políticos y socio-económicos. Recordemos que –tal como afirmamos ella no nace del falseamiento de la realidad, sino que es la condición misma de tal falseamiento. Sin escapar de la zoncera (lo que no puede hacerse sin contar con un paradigma alternativo) cualquier disputa ideológica acerca de los fenómenos de la realidad político-social se torna irrelevante.

Si la educación institucional se construye sobre un sistema de zonceras que nos preparan para abordar la realidad, focalizándola desde un lugar que no es el nuestro aceptaremos sin mediar crítica alguna, por ejemplo, que las ciencias sociales nos hablen de los movimientos populares como «populistas», entendiendo por ello una expresión autoritaria y demagógica que retrasa la constitución de la «ciudadanía». Allí, en ese concepto «populista», se reúnen las características del populismo ruso –al cual critica el marxismo– y del Populist Party –al cual critica el liberalismo estadounidense–¹⁹. Es decir, lo que se presenta como saber universal es en realidad un saber cuya universalidad está respaldada por experiencias históricas concretas que han sido universalizadas desde los centros de poder. Pero si consideramos absurdo explicar las relaciones entre la socialdemocracia y la democracia

¹⁷ A. JAURETCHE, *Ibidem*.

¹⁸ Para cuya difusión se requerirá de los «aparatos ideológicos del estado»: la escuela, los medios de comunicación, la universidad, las academias y lo que hoy llamamos la industria cultural y que tan bien reflejara la película de Alan Parker, *The Wall*. L. ALTHUSSER, *Ideología y aparatos ideológicos del estado: Freud y Lacan*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

¹⁹ A. MASON, ««Popoliare» e «populista»», en *Trasgressioni*, Florencia, 1997, 24.



cristiana alemanas como si fueran las del Justicialismo y la UCR, o los conflictos internos de Irán en términos de la interna del PJ de la provincia de Buenos Aires, ¿por qué aceptamos la visión del «populismo»? Porque está respaldada por el poder que sostiene que hay una sola forma de pensar y que esa, es la propia.

En el terreno de las ciencias sociales, en el discurso de los medios de comunicación, el de los organismos multilaterales o simplemente en el que llamamos el «pensamiento único», ni las teorías, ni los valores ni la terminología tienen carácter universal. Bajo la apariencia de universalidad, se escamotean las condiciones culturales, históricas y políticas de su aparición con el objetivo de ocultar su relación con una voluntad expansiva de poder que poseen los centros donde nacen. La propia disyuntiva entre civilización y barbarie tuvo en Europa un significado distinto al que ocurrió con nosotros: en la antigüedad, los griegos se concebían a sí como la cultura y los bárbaros eran lo exótico.

En otro ámbito y con una formación distinta, Herbert Marcuse –sin embargo– desarrolla el mismo concepto, denominándolo «ocupación totalitaria de la conciencia», entendiendo por tal a la asimilación por parte del sistema educativo y los medios de comunicación de aquellas categorías de pensamiento que sirven para describir la realidad desde el punto de vista de los factores de poder, convirtiendo al pensamiento en una herramienta de dominación.

El pensamiento colonial se manifiesta cuando nuestros científicos sociales necesitan de Marcuse –al cual no le quitamos importancia– para descubrir lo que no han leído o jerarquizado en Jauretche.²⁰ A su vez, este pensamiento denunciado va acompañado de un personaje que lo podremos ver en los medios de comunicación como en las aulas universitarias, virtuoso social del fraude que tras una apariencia de enciclopédico e instruido posee muchas sedicentes ideas pero ninguna creencia²¹, verdadera encarnadura de la zoncera y a quien hemos llamado «tilingo», porque se ubica en ese lugar de autodenigración²² renegando de lo único propio que posee y se recubre con la apariencia de lo que no es. Esa

²⁰ Nos referimos particularmente al hecho en que ambos se refieren a la nueva forma de dominación que se establece a partir de instituir los paradigmas de conocimiento tecnológico. En este caso, lo curioso es que nadie hablaría de Marcuse como un filósofo «alemán», pero a Jauretche se lo adjetiva como «nacional», donde este término indica una cierta provinciana intelectual.

²¹ E. MALLEA, *Historia de una pasión argentina*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1945, p. 70.

²² A. JAURETCHE, A. *Manuel de Zonceras Argentinas*, op. cit., p. 34.



apariencia, esa inautenticidad, podrá ser presentada como real, pero aún engañando a quienes la ven, genera en el sujeto que la sustenta lo que Eco llama *la infeliz conciencia del presente sin espesor*, o sea, la conciencia que desde la apariencia nada se puede construir de auténtico crecimiento humano. El «tilingo» se define por contraposición al «guarango», en este último hay potencialmente algo, es hijo de un imperio, es portador de poder mientras que el primero *es una frustración, una decadencia sin haber pasado por la plenitud (...) es un producto típico de lo colonial.*²³ Un claro ejemplo de ello son los *historiadores mediáticos*.

Dicho en los términos de Kuhn²⁴ los intelectuales orgánicos de las metrópolis imperiales –es decir, la comunidad científica– trabaja bajo el abrigo de un paradigma que difunde sin respetar fronteras y que permite la circulación de discursos legitimadores del orden social; en nuestras tierras, los intelectuales funcionales a esos paradigmas son aquellos quienes piensan nuestra realidad desde los mismos, y al igual que los esclavos-sabios de la caverna de Platón que sólo conocían sombras, creen saber más cuanto más se acercan al pensamiento imperial.

Tampoco se trata de que en el pensamiento único no existan diferencias, por ejemplo entre Alain Touraine, James Petras, Francis Fukuyama o Norberto Bobbio. Se trata de que las eventuales diferencias son meras variaciones de lo mismo; de que una vez puestos los límites del disenso, las vías del discurso podrán ser varias pero dentro de lo previamente establecido. Los límites los señalan los intelectuales del imperio mientras que los intelectuales funcionales nativos son los que proponen las vías. Claro que también puede haber, como en el fútbol, ascenso y descenso, y algún nativo puede pasar a ser parte de quienes fijan los límites.

Esta forma de pensamiento aparece jerarquizada socialmente por estar encarnada en instituciones especializadas desde donde surgen discursos legitimatorios del orden social que devienen de los centros de poder que les otorgan sentido. De esta manera, las zonceras que ellos difunden constituyen la dimensión discursiva de la colonización pedagógica, mientras que los aparatos mismos (escuela, universidad, medios de comunicación, partidos políticos) y sus administradores, encarnan la dimensión material. Las dimensiones discursiva y material se hallan entrelazadas en el sistema de dominación, apareciendo una represión simbólica ejercida

²³ A. JAURETCHE, *Filo, contrafilo y punta*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1974, p. 21.

²⁴ Th. KUHN, *La Estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, 1980.



por los aparatos ideológicos que se corresponde con la necesidad de trabajar en la formación de estados de conciencia.

Desde nuestra visión, aparece la necesidad de conectar las ideas con la realidad, admitiendo la preeminencia de la realidad²⁵, concebida ésta como proceso de construcción colectivo, lo cual nos lleva a que es la acción el correctivo de la idea, y eso –desde Aristóteles– entendemos por política.

En la ciencia ficción de la década del '50 se presentaba a los sistemas autoritarios como antagónicos a la cultura, mostrando a los aparatos represivos prevaleciendo sobre los ideológicos.²⁶ La historia de los siguientes cincuenta años ha demostrado que las técnicas de dominación social son mucho más sofisticadas de lo que estos autores imaginaban. Del mismo modo, podemos ver en nuestra historia que la dictadura militar que se establece en Argentina en 1976 sostendrá la necesidad de fijar los límites del disenso en búsqueda de la *disciplina y paz social*²⁷, como forma de impedir toda oposición, llamemos a esto la fase brutal; pero en los tiempos de la globalización, libros, artículos y videos circulan por internet casi sin restricciones, sin embargo, la pobreza espiritual e intelectual son sólo comparables al derrumbe moral que las acompaña, llamemos a esta la fase de la banalización. En este proceso, hay intelectuales insertados en los medios de comunicación que presumen de conciencia crítica de la sociedad, que conciben la «trasgresión» como valor en sí, sin distinguir que no es lo mismo quebrantar un orden en la búsqueda de instituir otro que disolver todo orden. Ello permite la confusión de un fenómeno propio de la decadencia con el progreso.

²⁵ Es necesario explicar brevemente que queremos decir con la palabra «realidad». La misma tiene en su origen dos sentidos correspondientes a las palabras latinas *realis* y *actualis*: una deriva de *res* –uno de los aportes más exquisitos de la cultura romana– y que en su acepción más simple significa «cosa»; la otra de *actus*, acto, realización. *Res* es todo aquello que se ofrece al conocimiento sensible o intelectivo: todo aquello que tiene un ser independiente del pensar. «Real» en este sentido es lo que «está enfrente». El segundo concepto de «realidad» significa la incorporación del sujeto y la acción al escenario de las cosas. En definitiva, la realidad no es algo totalmente dado ni externo al hombre, por el contrario él es quien entre las cosas otorga orden y sentido; el hombre nace en una determinada realidad pero desde ese momento es capaz de transformarla, construirla según el decir de Antoine de Saint-Exupéry, otorgando *el sentido de la casa*.

²⁶ C.f.: R. BRADBURY, *Fahrenheit 451*, Barcelona, Plaza & Janés, 1982; A. HUXLEY, *Un mundo feliz*, Barcelona, Nuevas Ediciones de Bolsillo, 2003; G. ORWELL, *1984*, Madrid, Destino, 2003; Ph. K. DICK, *Lotería solar*, Barcelona, Minotauro, 2001.

²⁷ Conferencia de Prensa de Jorge R. Videla del 10.12.1976 ante periodistas del *Kansas City Star*, *Journal of Commerce*, *St. Louis Post Dispatch*, *The Copley News Service*, *Pittsburg Post Gazette*, *Commodity News Service* y *Research Reports* en *Mensajes y Conferencias de prensa del Excmo. Sr. Presidente de la Nación*, Buenos Aires, Presidencia de la Nación, 1976, p.15.



Podríamos preguntarnos: ¿cuál es la función de los intelectuales en una sociedad como la argentina? Creemos que producir el molde conceptual dentro del cual podamos acceder a una visión de nosotros mismos y del mundo acorde a lo que somos, pensamos y queremos. Quizás a la manera de Unamuno es hora de recomenzar a pensar lo que duele, sabiendo que tomamos un camino que otros ya circularon, que hay historia en ello. Allí encontraremos a Alberdi, Quesada, Taborda, Ugarte, Jauretche, Scalabrini, Kush y tantos otros, que hoy aparecen olvidados –quizás resguardados por la memoria colectiva– y deben ser retomados.

Tampoco se trata de negar la producción intelectual europea o estadounidense, sino comprenderla en su circunstancia.²⁸ *En vez de considerar el lenguaje como el simple soporte de «mensajes» que circulan entre emisores y receptores cualesquiera, haciendo abstracción de sus determinaciones propias, se tratará más bien de entender las interacciones realizadas, con la ayuda del discurso, entre los «sujetos» individuales o colectivos que ahí se inscriben, los cuales, de alguna manera, se reconocen en ellas. Así, considerar el discurso como un espacio de interacción es quizás proporcionar el medio de llegar alguna vez a abordar el análisis de las condiciones de existencia y de ejercicio del poder en sus aspectos sociales más evanescentes y, sin duda, al mismo tiempo, más profundos: es llevar a la formación y a las fluctuaciones del vínculo social y político vivido. Las relaciones que ahí se establezcan entre actores sociales están, para los sujetos que las viven o que las observan, cargadas de significación y, en consecuencia, dotadas de una cierta eficacia en cuanto a la determinación de sus propias prácticas.*²⁹

Mostraremos un ejemplo. Bobbio, con indiscutida solvencia sostiene que en política no hay enemigos sino adversarios: la izquierda y la derecha. Unos resaltan el valor de la igualdad social y otros el de la libertad. La aceptación compartida de las reglas democráticas es lo que garantiza la convivencia pacífica entre ambos polos y la que permite su alternancia en el gobierno. Si hay un verdadero enemigo, es el que se sitúa en las márgenes de ambas posiciones: la extrema derecha y la extrema izquierda, que no aceptan ni la democracia, ni la

²⁸ Gozando de la ironía, podríamos decir que es posible usar el programa Earth Google Explorer para tener una visión satelital de nuestro barrio o nuestra casa, lo que no tiene sentido es pensar que hay que ir a Harvard o a París para entender mejor lo que sucede aquí.

²⁹ E. LANDOWSKI, *La sociedad figurada*, México, FCE, 1993, pp. 9-10.



Razón, ni los métodos civilizados (electorales) de dirimir posiciones.³⁰ El problema aparece cuando la realidad muestra otra cosa. Podríamos decir acaso que el socialismo español y el laborismo inglés son la derecha o la izquierda... más cerca nuestro, el socialismo chileno... ¿cómo explicar los movimientos políticos latinoamericanos de reciente aparición?

Veamos ahora como funciona el sistema. Se tratará primero de dar cuenta del discurso desde el punto de vista de su capacidad de «actuar» y de «hacer actuar», dando forma a las relaciones entre los agentes implicados a título de operadores lingüísticos y, más frecuentemente, modelándolas. Desde ese punto de vista, el carácter político de un discurso, oral o escrito, no se puede reconocer solamente, ni incluso prioritariamente, por el solo hecho de que «habla de política», sino que depende más bien de que, al hacerlo, realiza ciertos tipos de actos sociales transformadores de las relaciones intersubjetivas: coloca sujetos «autorizados» (que tienen «derecho a la palabra»), instala «deberes», crea «expectativas», instaura la «confianza», y así sucesivamente. Cuando el discurso es efectivamente político – aunque «incorrecto»– y por lo tanto posee capacidad de poner en movimiento, de hacer actuar, si el sistema de dominación no puede desprestigiarlo para reducir al máximo esa capacidad, es necesario reinterpretarlo con otros sentidos para presentarlo como un «mero juego de ideas», tarea a cargo de sujetos autorizados para ello (comunicadores, intelectuales, políticos) pero, al hacer ello ¿siguen siendo fieles a la verdad? La respuesta es sencilla: la verdad es un efecto del discurso, y los sujetos «autorizados» que legitiman la misma son los medios de comunicación.

Pero hemos visto que la palabra está intrínsecamente ligada a la existencia humana por lo que, podemos suponer con bastante certeza que si se corrompe la palabra, la persona no queda indemne y ¿qué significa corrupción de la palabra? Se entiende que a esa pregunta no puede responder quien no tenga una idea de lo que otorga dignidad y jerarquía a la palabra en el conjunto de la existencia, idea que no se trata tanto de conocer como de reconocer, que no es tanto un concepto abstracto como una concepción existencial.³¹

La conquista de la palabra humana es, por naturaleza, ambivalente y por ello es de presumir que la palabra puede corromperse de un doble modo. El primer valor de la palabra

³⁰ N. BOBBIO, *Izquierda y Derecha. Razones de una distinción política*, Madrid, Taurus, 1996.

³¹ J. PIEPER, “Abuso de poder, abuso del lenguaje”, en *La fe ante el reto de la cultura contemporánea*, Madrid, Rialp, 1980, p. 218.



es que en ella se hace patente la realidad; se habla, para dar a conocer a alguien algo. Precisamente ese es el segundo valor: el carácter comunicativo de la palabra.

La palabra es, tanto un signo³² objetivo como un signo para alguien; para aquel precisamente frente a quien se expone la realidad. Estos dos aspectos de la palabra y el lenguaje, aunque distinguibles, no son separables; por eso, cuando hablamos de corrupción suponemos que ésta se produce en ambos sentidos: corrupción en relación con la realidad y del carácter comunicativo.

José Saramago sostiene que *el poder abusa de las palabras. Y la que más se usa y de la que se abusa es «democracia». La característica de la lengua del poder es la mentira en sus múltiples modalidades. Desde la más descarada hasta la más sutil, incluida la omisión. En los últimos años se ha mentido como en ninguna otra época.*³³

Veamos nuevamente un ejemplo nuestro: dos días antes del desembarco argentino en Malvinas (1982) la revista *Siete Días* publicó una «imaginaria» portada de invasión a las islas; dos semanas antes de la capitulación se leía en primera plana de *La Nación*: “*Los `marines´ que desembarcaron el viernes intentaban inútilmente romper el cerco impuesto por el Ejército*”³⁴, dos días después y como titular dirá: “*Invasión británica a las Georgias después de varias horas de combate*”.³⁵ Hoy sabemos que nada de eso era así; claro está que ello no es exclusividad nuestra. Durante la Guerra del Golfo (1990) *el esfuerzo del Pentágono para controlar la cobertura estuvo apoyado en el infame uso de «pools», en los cuales pequeños grupos de cronistas eran llevados al campo de batalla bajo la permanente mirada de los oficiales de asuntos públicos*³⁶ (Stalin los llamaba «comisarios políticos»). Cuando se analizan estos casos, se sostendrá que queda fuera de discusión si los medios han tenido o no voluntad de mentir o consentir su manipulación por parte de los intereses que los controlan, sino que una vez instalado el discurso por los medios masivos éste se transforma en una realidad de 24 horas.³⁷

³² Se entiende por tal, a una cosa que por su naturaleza o convencionalmente evoca en el entendimiento la idea de otra. En su origen está ligado a los hados y el mito.

³³ *La Nación*, 15.11.2004.

³⁴ *La Nación*, 24.05.1982.

³⁵ *La Nación*, 26.05.1982.

³⁶ *Newsweek*, 11.03.1991, p. 52.

³⁷ C.f.: L. ESCUDERO, *Malvinas, el gran relato*, Barcelona, Gedisa, 1996, en especial el prólogo de U. Eco.



La organización ideológica que sostiene hoy el espectáculo de la vida política a través de los «medios» tiene como principio el establecimiento de una disyunción neta («una zanja») entre una clase de sujetos actuantes –los «héroes», la «clase política», donde se codean gobernantes, dirigentes partidarios, sindicales, empresariales y personajes mediáticos– y la «opinión», instancia testigo que asiste al espectáculo e interpreta su significación, ya sea por cuenta propia o, por lo general, dirigiéndose a un público situado en un tercer plano.³⁸ Ello hace que se establezca una comunión de discurso entre los medios de comunicación y la clase política: cuando un político considera que su capital está constituido por el tiempo o el espacio que le dedican los medios, armará su discurso sobre la «agenda» y en los términos que los medios reconocen, y al hacerlo legitiman a ambos.³⁹

Los medios de comunicación y dirigencia política, han tomado para su uso el término «governabilidad» y de allí pasa al discurso político (p.ej.: es invocado para apoyar los candidatos oficialistas en las elecciones parlamentarias de 2005) para hacer referencia a la construcción de poder propio que posee un gobierno y la relación que establece con los otros factores de poder. Pero, ¿por qué usar un término reflatado por los organismos financieros multilaterales? ¿Por qué esconder la relación más elemental que posee la actividad política detrás de un término que parece vacío?⁴⁰ Otro ejemplo revelador es el nombre «cartonero», con que los medios y los políticos han designado al tradicional «ciruja», o sea, al pobre que sale a revolver basura para encontrar elementos que puedan ser vendidos. El discurso político lo recoge, y producto del desconocimiento, utiliza la fórmula para nombrar a la pobreza y la marginalidad. Porque lo curioso es que el sufijo «-ero» indica profesión, transformando a la pobreza y la marginalidad en una facultad u oficio que se ejerce. Se podría sostener que esta forma de nombrar busca quitar indignidad a la condición de marginal y reconocer su dignidad como trabajador. Pero si abstraemos la cuestión semántica y lo analizamos en el terreno político, encontramos las políticas sociales clientelares desde el estado y la neobeneficencia de los sectores empresarios, que nos llevan a pensar que no se trata más de combatir la

³⁸ E. LANDOWSKI, op. cit., p. 26.

³⁹ Hay un chiste que se suele contar respecto de la importancia que en este sentido cobran los medios: se acerca Napoleón a un grupo de militares entre los que estaba Patton, Rommel, Montgomery y Zukov, pero el emperador gira y saluda en primer lugar a Fidel Castro. Siendo interrogado acerca de tal actitud, el mismo les contesta: “si yo hubiera tenido un diario como *Gramma*, Waterloo hubiera sido una victoria francesa”.

⁴⁰ C.f.: A. MASON, “Algunas reflexiones sobre la gobernabilidad”, en *Anales de Ciencias Sociales (UCALP)*, La Plata, 2004.



pobreza –nostalgia de los '70– sino la de reglamentar el ejercicio de la profesión de marginal y por eso se determina el tipo de carro que pueden llevar, la autorización a estacionar en determinados lugares, el «tren blanco», guarderías para sus niños, etcétera.

La cuestión frente a ello es quién es capaz de gritar ¡El rey está desnudo! O lo que es lo mismo ¡Hablar de esa manera es una zoncera! Eso es romper con lo «políticamente correcto». En algunos ámbitos académicos y medios de comunicación se opta por la funcionalidad creando una circunstancia que nos recuerda la distinción platónica entre una forma superior y una forma vulgar del conocimiento: *επιστημη* versus *δοξα*, «leyendo» esta distinción en forma valorativa: un saber «cierto» y un saber «incierto»⁴¹. De allí que, el discurso político «correcto», busca el reconocimiento de aquellos que poseen el saber «cierto» ya que han cambiado la relación legitimadora con lo que otrora se llamaba «el pueblo», por una relación con los medios de comunicación⁴². Estos últimos se convertirán en el lugar dialéctico donde se realiza la interrelación del discurso político con el plano de la «verdad», y donde encontraremos un sujeto doblemente competente: informado de las necesidades de la sociedad, es decir, fieles intérpretes de la opinión pública y capaz de medir su valor de verdad: el periodista. Pero lo peor que podría pasar, es que pensemos que ellos son seres «intrínsecamente perversos», por el contrario, son las primeras víctimas de este sistema de zonceras en donde los políticos son responsables en mayor medida.

Es necesario realizar dos aclaraciones más. Desde un punto de vista estrictamente técnico, lo que se realiza a través de los medios de comunicación se denomina «conducción perversa», pues detrás del sistema no asoma, está oculto, el verdadero poder y sus intereses. Un claro ejemplo de ello aparece cuando un diario de circulación nacional comienza a publicar la opinión de expertos financieros en mercados emergentes que plantean las políticas que el Gobierno argentino debía llevar adelante en relación con su economía y su deuda pública; resulta que el 20% de las acciones del diario pertenecen al Banco de inversión que

⁴¹ La vinculación que se suele hacer entre pensamiento popular y opinión resulta por demás sospechosa. Proviene en parte de identificar a lo popular con algo distendido y lábil, a lo cual solo podrá corresponder la opinión, considerada ésta igualmente como un juicio difuso e indefinido. Sin embargo no está dicho que el pensamiento popular se exprese siempre a través de opiniones, ya que podría hacerlo quizás por otros medios, y además convendría ver si el carácter peyorativo de la opinión es verdaderamente merecido. KUSCH, R. “*La negación en el pensamiento popular*” en *Obras Completas* Rosario. Fundación Ross. 2000 t.: II p.573

⁴² Para ser más precisos deberíamos hablar del abandono del pensar político y su reemplazo por un pensar tecnológico, donde la realidad ya no es tal, sino la imagen que de ella se proyecta.



maneja gran parte de los bonos de deuda externa argentina.⁴³ De eso se trata la perversidad de la conducción, porque no es el Banco sino la prensa la que transmite la opinión de los especialistas.⁴⁴ Por otra parte, solo una comunidad sin proyecto aglutinante puede ser conducida a través de la proyección de zoncercas que nos hacen pensar en una realidad virtual. *La opinión pública ya no aparece, en ese caso, como el árbitro supremo cuya voluntad domina los valores elegidos como deseables, sino como un interlocutor –o un adversario– del cual va a depender la transformación de los programas políticos virtuales en programas efectivamente realizables*⁴⁵, reduciendo la participación o su resistencia, de preocupar o de privar al sujeto político del poder indispensable en su camino al acto eleccionario o eventualmente, al manejo de encuestas de opinión.

Finalmente, nos cabe recordar a Homero Manzi, quien en momentos de cielo nublado y noche cerrada sostenía la esperanza:

Forjista que estás de guardia
si te preguntan contesta
que estás de guardia en la noche,
esperando que amanezca.

⁴³ Se trata del diario Clarín y el Banco Goldman Sachs, *La Nación*, 24.12.2000.

⁴⁴ C.f.: M. CAFIERO – A. MASON, *Trama de un golpe de mercado*.

⁴⁵ E. LANDOWSKI, op. cit., p. 46.